

Cuando no estás

Jhon F. Palomino Camargo
Comunicador social
Departamento de Mercadeo y Admisiones
Universidad Santo Tomás, Bucaramanga, Colombia
Correo electrónico: santoto.mercadeo@ustabuca.edu.co

Estoy fuera de sí. Es increíble que esté pasando. Colgué la llamada con mi papá y no puedo creer que se haya ido sin decir nada. Se consumió lentamente, casi como una de las velitas que le ponía a la virgencita de yeso que desde siempre estuvo en su mesa de noche. Se fue mientras sus fieles hijas devotas le piden su salvación a esa misma virgen con aquel viejo rosario de cuentas desgastadas que no aguantan un rezo más. Se separó de su estuche terrenal, quien nació en 1934 en el corregimiento de Aspasica en Norte de Santander. Ana Elvira Bayona de Camargo, la mamá de mi mamá y de otros 10 hermanos, mí abuela y la abuela de decenas de nietos y bisnietos, la que decidió irse un 19 de mayo de 2021.

Dos años antes. Estaba en la oficina, recuerdo que esa tarde me sentía agobiado no se exactamente el día o la hora, tal vez era un lunes por la mañana. Salí abruptamente de aquel bunker insonorizado para radio a contestar una llamada. Estaba esperando noticias sobre un hecho de última hora. Mi abuelita materna había tenido un episodio de pulmonía severo y habían tenido que internarla de emergencia en la clínica. La llamada era de mi hermana Beatriz, me contó con voz afanada que los médicos habían dicho que la abuelita moriría muy pronto –«Llévensela para la casa mejor, que se vaya y pueda morir tranquila». Pronunciaron. Quedé perplejo con la sentencia que hizo mi hermana parafraseando a los galenos.

Viajaron a Ocaña todos mis familiares. La tía María, una señora de unos 50 y tantos, delgada y noble, el tío Crisanto, el menor de la camada

de 10, la tía Lucila una morena robusta y temperamental, el tío Nelson, La tía Nilda, la tía Blanca, esta última, la enfermera profesional, la única que estudió. Los hijos, los sobrinos, los primos y los nietos ya no se veían tan lejanos. Le escuchaba a mi mamá en las llamadas que me hacía –«no hay espacio para nadie más, esto está terrible, desorden por todos lados con tanta gente». Todos llegaron a esperar la tragedia. Yo, de manera parsimoniosa me quedé rezagado esperando la visita de una mala noticia que jamás llegó.

En un par de meses de ese año 2019, increíblemente la abuelita desahuciada por los médicos se recuperó parcialmente del percalce de salud. El episodio negativo la dejó muy maltrecha. En ese diciembre fui a la tierra que me vio crecer, y lo primero que quería hacer era verla. Fue un viaje eterno, trancones por doquier y paradas sin sentido. A mi llegada ese sábado a las 10:20 p.m. noté el ambiente de preocupación y pesar. Todos esos familiares que habían venido a acompañar la desgracia ya no estaban. Sin pensarlo me dirigí a ver a la mujer que me escuchó y me consintió tanto.

No quiero usar un término rebuscado para describir lo que sentí cuando la vi en esa cama postrada. Con una fragilidad notable. Tenía unas cobijas azules de clínica, un pijama de color blanco como de flores, saltaba a la vista su delgadez. Se habían ido los pómulos de color rosa que le adornaban el rostro, se le veía algo pálida, como más envejecida y esa cabellera de líneas plateadas estaba un poco desarreglada. Apenas respiraba con la ayuda de un concen-

trador estacionario de oxígeno que se veía que la incomodaba.

Era de noche y ya la mayoría estaban preparándose para descansar. Con actitud recatada me acerqué. La habitación estaba en silencio, mi mamá yacía a su lado derecho, y al izquierdo mi tía Ana, esta última, su devota hija que nunca se fue de su lado, que no se casó y por el contrario se entregó a la casa de los abuelos. Cuidando los pasos, ingresé a la habitación dejando de lado la cortina de tela que usan como puerta en esos casones viejos, caminé prevenido por el maldito COVID y le dije - ¿Cómo te sientes hermosa? en ese instante, más veloz que un rayo, como una tormenta estruendosa cayeron las palabras de mi mamá -«¿Se acuerda de él? ¿de Jhon?».

No supe dónde quedé. La abuelita tenía demencia o pérdida de memoria debido a aquel episodio respiratorio relacionado con su edad. En su crisis de salud duró varios minutos sin respirar y al parecer esa falta de oxígeno en su cerebro la afectó gravemente. Mudo, así estaba mirándola. Estoy seguro de que una circunstancia distinta o en otra línea de tiempo me hubiese atacado a llorar como un niño perdido.

La tía Ana se acercó y le acarició el pelo, intentó organizárselo un poco. Insistió con la pregunta que ya había hecho mi mamá. -«¿Se acuerda de él?» Él es Jhon su nieto, el hijo de Alcira.

Con valentía mentirosa le eché un piropo, le di un beso en la frente y me senté al lado de la cama de clínica que le dieron los de la EPS.

Dos años duró abatida en esa cama. Comía y dormía poco. Hacía preguntas como si fuese una niña de 5 o 6 años, así estuvo todo ese tiempo la verraquera de mujer que amo y amaré para siempre.

El día fatal

Era miércoles, esa noche, la noche de mayo en que la perdí para siempre, me fui a dormir temprano, tipo 9:30 p.m. Por cosas del destino

no puse el celular en silencio como acostumbro y esa noche siendo las 11:00 p.m. Germán, mi papá, me llamó. Muy lento, con mucho cuidado, pensando cada palabra y pausado, casi con temor sentenció -«Se murió su abuela Jhon». El silencio abrazó la llamada y yo solo le pregunté -¿cómo está mi mamá? Mi papá si titubear exclamó -«¡imagínese!» Cruzamos un par de palabras más y colgamos.

Que noche de mierda. Pensaba y pensaba, ni siquiera había tenido los huevos para decirle algo a mi mamá. Lo más increíble es que siendo tan llorón, no había llorado nada, no había exteriorizado nada de ese dolor tan profundo que me ocasionaba haberla perdido para siempre.

Al día siguiente, jueves, comencé a alistarme para trabajar. Estábamos aún encerrados por el COVID. Esa mañana me preparé un café bien cargado y un sándwich. Prendí el computador y hacía todo lo demás como en piloto automático. Me conecté con mis compañeros. A las 9:30 a.m. de ese jueves después de terminar una reunión, les conté lo que pasó con mi abuela y sin darme cuenta comencé a llorar, sin consuelo, mis compañeros en silencio a través de esa maldita pantalla solo vieron como me derrumbaba frente a ellos.

A la una de la tarde ya iba en un bus para Ocaña con mi hermano Iván que llegó de emergencia de Lebrija. Él es mi única compañía cuando vuelve de su trabajo como transmisorista, trabaja en un cerro alejado de todo y cada 15 o 20 días viene a la ciudad para descansar de ese encierro cenobita. Había tenido que pedir de emergencia un relevo para acudir al llamado del duelo familiar. Llegó a eso de las 11:00 a.m. su pesar era evidente. El viaje fue inusual, extraño, nos llovió y hubo trancones en casi todo el trayecto, accidentes y otros hechos que retrasaban nuestra llegada. Intenté dormir, pero fue imposible.

Eran las ocho de la noche cuando entramos a la casa. Dejamos las maletas. Mi papá estaba en

el sofá de la sala viendo televisión, tomándose un tinto para el frío y esperándonos para ir a la fría funeraria donde tenían a Ana Elvira. Dejé la maleta y busqué una chaqueta. Tomamos un taxi y en 10 minutos ya estábamos frente al lugar. Mi papá solo decía, –«no se pongan a llorar frente a su mamá, muestren que estamos siendo fuertes para que se sienta bien».

A la entrada había mucha gente, algunos conocidos otros ni idea, murmuraban suavemente entre ellos, no sé si sobre nosotros o continuaban sus conversaciones. Estaban unos primos sentados en una especie de andén, los noté diferentes y me percaté de que no los veía hace muchos años. Tenían camisas de colores, como verde y rojo, estaban como obligados ahí afuera, los saludé y entré. De frente estaba mi tío Nelson, me saludó de mano y se sentía áspero y rugoso por esas manos llenas de callos por los años de trabajo con el azadón y la tierra. Había mucho silencio, olía a café y algún menjurje de esos que dan en las funerarias.

Escuché que alguien me dijo, –«Está al fondo». Me volví y era mi primo Eduardo, le di un apretón de manos y seguí mi camino.

Mi mamá con un rostro de agotamiento; la tía Romelia, la joven de las mujeres hermanas sentada a su lado; la tía Blanca vestida completamente de negro, elegante y erguida, con una fortaleza formidable; la tía Ana enrojecida de tanto llorar, con los ojos perdidos, sollozantes; la tía Nilda y la tía María sentadas muy cerca del féretro, apenas existiendo, melancólicas. Rodeaban juntas ese cajón color caramelo que, en la parte superior, casi debajo de esa pequeña ventana de cristal entre la vida y la muerte, tenía una imagen del Sagrado Rostro. Alcira, mi mamá, me miró y me hizo un gesto que intentó ser una sonrisa, la abracé muy fuerte y le dije que la amaba.

–«Vea como quedó de bonita» comentó la tía Nilda luego de unirse al saludo.

Me pregunté, ¿cómo puede ser bonito morir?

Me armé de valor y la vi.

Es un hecho. Ahí estaba la abuelita consentidora, que se reía a carcajadas siempre que le echaba un piropo; la que me brindaba bocados de comida que parecían otro almuerzo; esa que no hacía más que orar con una fe admirable por todos sus hijos, sus nietos y bisnietos; la que nos unía, se había ido de este mundo por fin a descansar.

Viernes 21, el último con ella

Esa noche pude dormir mejor. Una parte de mi sentía alivio por su partida. Era mejor que se fuera a que siguiera mendigando vida. En eso concordábamos todos cuando nos reuníamos en la sala para hablar. Unos risueños, otros melancólicos y otros que no mostraban ningún sentir. De todo se ve en esta familia. Muchos cuentos y anécdotas de la nonita que a sus 80 y tantos demostraba una fuerza increíble en sus manos y en su espíritu, tanta fortaleza tuvo que se fue cuando quiso y no cuando los médicos lo dijeron.

Muy a las 9:00 de la mañana llegó la tía Blanca, la líder, la doliente de los trámites feos que van ahí amarrados al dolor de las personas. Se le notaba enojada, frustrada porque era evidente que se sentía sola en ese papeleo maluco que hay que hacer sí o sí.

–«No hijo, este negocio que hay en torno a la muerte sí que es muy bravo. –decía mientras se sentaba en el sofá de la sala. Plata para todo y el problema es que no todos están en buenas condiciones como para aportar. Ya se pagó casi todo, pero es que de verdad que morirse es muy caro».

El dolor de la tía era doble, o triple porque ya había escuchado a un par de hermanos hablar de la herencia.

–«Apenas se fue mi mamá, y ya andan pensando en cómo acabar con lo poquito que hay».

Ahí se desahogó. Se comió un pan de queso con chocolate y se fue con mi mamá y las otras señoras para la funeraria.

Con mi papá y mis hermanos nos quedamos en la casa, mi mamá nos pidió que no subiéramos tan pronto. Ya el entierro sería en la tarde.

Nos quedamos y ordenamos la casa, limpiamos las habitaciones y nos sentamos a hablar de lo irónico de la vida, esa que logró unirnos después de haberlo intentado en tantas navidades sin éxito. Mi papá se sentó en el andén con un pocillo de esos grandes llenó de café, a ver la vida pasar, no lo decía, pero muy en el fondo también estaba abatido.

Ese viernes por la tarde nos encontramos para el último adiós, llegó mucha más familia. Los adornos de flores aumentaron el número. Ya la melancolía se apoderaba del aire, en medio del gentío se escuchaban los tonos elevados del llanto inconsolable y ahí, mi mamá. No importaba si había COVID o no, la desgracia era mayor que cualquier pandemia.

Emprendimos el viaje hacia la ceremonia de despedida, eran las 2 de la tarde. En aquel templo en honor a la virgen del Carmen nos esperaba mucha más gente. Los hermanos hombres se turnaron el peso del féretro, la iglesia ya estaba llena y la lluvia se encargó de la antesala, comenzó a caer la lluvia como en las películas de Hollywood. Allí como la película más dramática siendo las 2:40 de la tarde caían las gotas y los

hermanos cargaban a la madre que un día los cargó a ellos. Allí las canciones, las palabras del sacerdote, el discurso de despedida, todo fue intensificándose en un solo sentir. El dolor.

Una hora duró la ceremonia. A eso de las 4 de la tarde, la enorme fila de autos que se movilizaba a paso cansino, como en todos los pueblos, emprendía la ruta al lugar final. Una calle de honor con pequeñas flores blancas aguardaba la llegada de la familia que aún no creía el hecho fúnebre. Rostros perplejos, enrojecidos, ya nada importaba, hombres y mujeres unidos en un sentimiento de pesar común. La mayoritaria humanidad espera a que ya no haya una última oportunidad para decir lo que se siente hasta que es imposible. Guardarse todo, no es más que un acto de cobardía.

Caminamos por ese sendero humedecido por la lluvia, a lo lejos unas tonadas de piano aún más tristes abrazaban el aire y hundían el dedo en la llaga. Imperecedero se me hizo ese camino, llevaba uno de esos arreglos florales que escasearon en otros días de la vida de Ana Elvira.

Así se fue

Ya de regreso, caminamos. Era de noche y recuerdo escuchar a mi mamá declarar –«La luna que despidió a mi mamá, hijo, que hermosa, mírala, tómale una foto hijo». Brillaba en lo más alto, era redonda y plateada, se alcanzaba a observar en el costado de ese cielo, como fallecía también la tarde.

